

ABRASAX

COMLOT EN EL VATICANO

MARCEL MARTIN

algaida
INTER

Título original: *Abrasax. Complotto in Vaticano*
Editado en Italia por Arkadia Editore
09125 Cagliari. Viale Bonaria 98

Primera edición: 2011

© Arkadia Editore, 2009
© de la traducción: M. P. V., 2011
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-627-0
Depósito legal: M-11.222-2011
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

<i>Prólogo</i>	11
<i>Martes 15 de mayo</i>	13
<i>Miércoles 16 de mayo</i>	45
<i>Jueves 17 de mayo</i>	85
<i>Viernes 18 de mayo</i>	133
<i>Sábado 19 de mayo</i>	153
<i>Domingo 20 de mayo</i>	171
<i>Lunes 21 de mayo</i>	191
<i>Martes 22 de mayo</i>	233
<i>Miércoles 23 de mayo</i>	249
<i>Jueves 24 de mayo</i>	303
<i>Viernes 25 de mayo</i>	335
<i>Sábado 26 de mayo</i>	397
<i>Domingo 27 de mayo</i>	451

Esta obra es fruto de la imaginación. Los lugares y personajes mencionados en el texto son invenciones del autor y tienen como única finalidad aportar verosimilitud a la narración. Cualquier analogía con los hechos reales, las instituciones, la sociedad, los lugares y las personas, vivas o difuntas, es absolutamente casual.

PRÓLOGO

DESPUÉS DE LA MUERTE DEL PONTÍFICE DE LA SANTA Iglesia Romana Pío XIII, el cónclave que se había reunido para elegir al sucesor se vio agitado por vetos y divergencias. Al final, con 69 votos a favor y 51 en contra, resultó elegido el obispo español de 74 años, originario de Toledo: el cardenal Antonio María Sanjust. Tomó el nombre de Pablo VII.

Dada su edad, fue inmediatamente considerado un papa de transición, destinado a sentarse en el solio de Pedro durante un breve periodo.

Las diferencias entre Pablo VII y el colegio cardenalicio comenzaron desde los primeros días de su pontificado. Las turbulentas relaciones con la curia y los cardenales cercanos al Opus Dei fueron constantes. Estos últimos, en particular, lo acusaban de excesivo reformismo.

Malos humores y resistencias estaban a la orden del día, mientras la Iglesia Católica continuaba perdiendo fieles y el número de vocaciones tocaba el mínimo histórico.

De ahí que el pontífice decidiera convocar un Consistorio extraordinario, es decir, una «reunión plenaria del colegio cardenalicio», que preveía la participación de los cardenales provenientes de todo el mundo en el tratamiento de cuestiones consideradas fundamentales para el futuro de la cristiandad.

MARTES 15 DE MAYO

VATICANO, 15:00 H

Las cortinas de lino colocadas en las ventanas creaban un velo melancólico para quien observara desde el exterior.

El pontífice estaba allí delante, con la mirada perdida en el vacío de la plaza donde tiempo atrás se reunían miles de fieles.

La tristeza era evidente. Una lágrima le recorrió la mejilla devolviéndolo a la realidad, pero no la secó y permaneció inmóvil. Se sentía culpablemente impotente ante la evolución de los acontecimientos. De repente apartó la mirada, como para querer alejar de la vista aquel vacío, mientras una sensación de rebeldía y rabia comenzó a invadirlo. Tenía una desesperada necesidad de que su mente recuperara la racionalidad.

Llamaron a la puerta y rápidamente se secó el rostro con la mano.

—Adelante —dijo con voz tomada.

Don Francisco Mendoza, prefecto adjunto de la Casa pontificia, y su secretario personal cruzaron el umbral lentamente, avanzando desde el fondo de la sala con un cuenco en la mano. Cuarenta y cinco años, alto y delgado, tenía el pelo y las cejas pelirrojas que resaltaban su piel clara, en la que se podían apreciar un millar de pecas. Se conocían desde hacía más de treinta años, o sea, desde que Sanjust había sido obispo de Tarragona en España y Mendoza, jovencito, un simple monaguillo en la catedral de la ciudad. Desde entonces habían recorrido un camino común que los había llevado juntos hasta Roma.

—He pensado que podría apetecerle un poco de leche caliente, Santidad —dijo sonriente.

—¿Ya es la hora de las medicinas? —preguntó el papa asombrado.

—Pues... sí —respondió don Francisco lamentando haber sido descubierto.

—¿Cuándo dejaré de tener que tragarme esas asquerosas pastillas? —le preguntó algo cansado.

—Este viernes vendrá el doctor Alberti para una visita de control. Puede preguntarle directamente a él.

—Así será, pero tengo la impresión de haber empeorado desde que he comenzado esta cura reconstituyente —dijo el pontífice, cogiendo la taza de leche en una mano y la pastilla en la otra. Luego se la tomó rápidamente, acompañándola con un sorbo de la bebida caliente. El secretario siguió toda la operación con cara de sufrida preocupación.

—¿Hay algo que quiera decirme, Francisco? —le preguntó el papa observando su actitud.

—La verdad es que sí —dijo apartando la mirada de sus ojos—. Quería preguntarle si en un momento tan triste puedo ayudarle, quiero decir, como... amigo.

El pontífice sonrió con ternura, apoyó la taza sobre una mesita llena de periódicos y se acercó a él.

—Gracias, Francisco, tú conocías la amistad profunda que me unía al cardenal Valcomyr. Su muerte me ha destrozado.

Mendoza lo escuchó en silencio, sonrojándose un poco. Decidió que había llegado el momento de despedirse. Se encaminó hacia la puerta. Acababa de abrirla cuando fue arrollado por el secretario de Estado, el cardenal Anton Angelo Bortolotti que, muy alterado, entró en la habitación sin dignarse dedicarle ni siquiera una mirada.

—Buenos días, Santo Padre —exclamó el hombre. Don Francisco permaneció observándolo mientras se situaba en el centro de la sala.

—Buenos días tenga usted, cardenal Bortolotti —respondió el pontífice—. Por cómo ha llegado diría que tiene usted alguna novedad para mí. —Esperaba que no hubiera ocurrido nada grave, pero el comportamiento del cardenal le hacía pensar todo lo contrario.

—Disculpe, Santidad —dijo monseñor Bortolotti con una ligera reverencia, dándose cuenta de que había irrumpido con demasiada brusquedad.

—Deje a un lado las excusas —le apremió el pontífice—. Cuénteme, ¿tiene noticias de Ucrania?

El pensamiento del papa no podía evitar volver a la trágica muerte del cardenal Valcomyr. Y todo lo que tal muerte comportaba.

El secretario de Estado tartamudeó algunas palabras incomprensibles, luego cogió la silla más cercana a él y se dejó caer, como si acabara de concluir un recorrido tortuoso. El sudor que le caía por la frente le empañó los cristales de las gafas, apoyadas sobre la punta de la nariz. Así que cogió un pañuelo del bolsillo de la túnica y secó las lentes intentando no romperlas con los movimientos de sus gruesos dedos.

El papa dejó que monseñor terminara de decir lo que había empezado, dándole tiempo para reordenar sus ideas. Finalmente el cardenal, puestas otra vez las gafas en su sitio, habló:

—De Kiev por desgracia las noticias llegan con cuentagotas —comenzó—. Hace poco he hablado con el ministro de Asuntos Exteriores ucraniano, que se ha mostrado dispuesto a acelerar las investigaciones, pero, francamente, yo no me fiaría mucho de las autoridades de allí. La muerte de un arzobispo greco-católico no suscita mucho interés por aquellos lugares.

Hizo una breve pausa mientras sentía los ojos del papa clavados en él.

—De todos modos —prosiguió casi enseguida—, parece que las primeras hipótesis se han visto confirmadas por las pruebas hasta ahora recogidas.

—Así que se ha tratado... —El pontífice no conseguía pronunciar esa palabra.

—Sí, Santidad, ¡ha sido un asesinato! —continuó Bortolotti.

Ante esa afirmación la tez del pontífice se hizo todavía más terrosa y el bastón sobre el que se apoyaba tembló

visiblemente bajo su peso. Observando la situación, don Francisco se precipitó hacia él y, ayudado por el secretario de Estado, acompañó al papa hacia la silla cercana junto a la ventana. El sol se filtraba tras él y creaba reflejos dorados sobre su cráneo reluciente. Sus manos se habían tornado rígidas y céreas.

—¡Voy a llamar al doctor Alberti! —dijo con decisión Bortolotti, corriendo hacia la puerta para pedir ayuda.

—Deje que los médicos se ocupen de cuestiones más importantes —intervino el pontífice esforzándose visiblemente en recuperar la compostura—. Estoy bien. Se ha tratado únicamente de un momento de debilidad. Mejor siéntese aquí al lado y cuénteme cómo ha ido esta mañana la reunión de la curia.

El secretario de Estado no se hizo repetir dos veces la invitación y volvió sobre sus pasos, no sin antes haber lanzado una mirada a don Francisco, culpable de haberse anticipado a socorrer al pontífice o quizás de no haber apoyado a Bortolotti para solicitar la ayuda del doctor Alberti.

El cardenal se acomodó y, después de pasarse una mano sobre la barbilla lisa y afeitada, clavó los ojos en el pontífice.

—Venía a verle, Santidad, precisamente con la intención de contarle cuanto se ha dicho esta mañana —explicó aclarándose la voz—. Los prefectos de los diferentes dicasterios han querido expresarle su pésame por la muerte del arzobispo, y algunos me han rogado que le transmita las presiones recibidas por parte de los obispos ucranianos que se aprestaban a venir a Roma...

—¿Se aprestaban? ¿Por qué habla en pasado? —preguntó el pontífice.

—Bueno —dijo pensativo agachando la cabeza—, parece ser que a ese respecto hay disensiones sobre la oportunidad de asistir al Consistorio... en un momento tan dramático para la Iglesia ucraniana.

—Comprendo su estado de ánimo pero, por muy doloroso que pueda resultar, es precisamente en momentos como estos cuando tenemos que intentar permanecer unidos y demostrar al mundo exterior la fortaleza de la Iglesia Católica.

El pontífice hizo una breve pausa, meditando sobre qué dirección era más oportuna sugerir al cardenal. Cuando finalmente habló, se dio cuenta de que había permanecido en silencio al menos un minuto.

—Lo que usted tiene que hacer ahora es tranquilizar a los cardenales de la curia acerca de la presencia de los obispos locales en el Consistorio, y ponerse de acuerdo con Kiev para realizar un viaje a Ucrania lo antes posible. Queríamos ir a visitarles desde la desaparición de nuestro amado predecesor pero, por razones que todos conocemos, el proyecto no se ha concretado nunca.

—Claro, Santo Padre, haré lo que me dice. Por otro lado, hemos discutido de cuestiones organizativas del Consistorio... pero no quiero aburrirle con asuntos de carácter burocrático —replicó Bortolotti, mientras don Francisco, después de haberse asegurado de que el pontífice había recuperado su vitalidad, se apresuraba a salir de la estancia. El papa lo vio mientras se escabullía y lo detuvo.

—Espere antes de marcharse. Necesito hablar también con usted —dijo con un tono formal a Mendoza, quien prefería que el pontífice no se dirigiera a él en tono amistoso en presencia de otras personas, evitando así ser objeto de envidias y maledicencias.

El secretario personal del papa, un poco preocupado, se sentó cerca de Bortolotti.

—¿Ha enviado el programa actualizado a todos los cardenales? —continuó el pontífice dirigiéndose al secretario de Estado.

—Después de las correcciones sugeridas por usted, el programa se ha enviado a todos los que asistirán al Consistorio.

—Bien, bien. Me parece que al menos aquí en el Vaticano la situación está bajo control. ¿Tiene otras noticias que darme?

—Sí, dos más.

Se detuvo. Odiaba tener que hablar de asuntos importantes en presencia de extraños. Y el cardenal consideraba a don Francisco un simple subalterno, si bien con gran influencia sobre el pontífice. Pero, ante la mirada atenta del papa, que esperaba ser informado, no pudo hacer otra cosa que continuar.

—Esta mañana he recibido una llamada del cardenal Harvey de Nueva York. Me ha parecido muy agitado por la desaparición del cardenal Valcomyr. Pronunciaba frases sin sentido, he intentado calmarlo, pero...

—No se preocupe por el cardenal John Harvey —le interrumpió Pablo VII—. Esta mañana también me ha llamado a mí. Como usted seguramente sabrá, está muy uni-

do a la comunidad ucraniana. Me ha contado que estuvo hablando telefónicamente con Valcomyr sólo unas horas antes de su muerte. Le había parecido preocupado, pero en ese momento no le prestó atención. De todos modos me ha pedido adelantar su llegada a Roma a este sábado para poder hablar conmigo personalmente de un asunto privado.

—Ahora comprendo su nerviosismo. Su voz temblorosa, las palabras sin sentido... —Los tres permanecieron mudos unos instantes. Finalmente el cardenal retomó su discurso—. Bien, Santidad, tranquilizaré a los cardenales de la curia y referiré su decisión en relación con el viaje a Ucrania. Sobre este punto, teniendo en cuenta la poca fiabilidad de la policía local, durante la reunión se ha propuesto la posibilidad, siempre que su Santidad esté de acuerdo, de enviar allí a una persona de nuestra confianza con la finalidad de acelerar las investigaciones. Esto daría tranquilidad a los obispos ucranianos permitiéndoles pensar solo en su participación en el Consistorio.

—Uhm, me parece una buena idea. ¿Podríamos enviar a Kiev a alguien del SIV?

—Sería lo ideal, pero creo que actuando así solo provocaríamos malestar en los servicios secretos de ese país. Tenga presente además que, si lo descubrieran, sería difícil hacer digerir al patriarca de todas las Rusias y a Moscú, que tiene bajo su tutela a Kiev, la presencia de un hombre de nuestro servicio de inteligencia. Mejor un acercamiento más discreto.

—Sí, creo que tiene razón.

—De hecho estábamos pensando en alguien de confianza y discreto, pero que no fuera reconducible directamente hasta nosotros.

—¿Habéis pensado ya el nombre de la persona capaz de ocuparse del asunto?

—Nos gustaría usar los servicios de un investigador americano que ya trabajó para la Iglesia en el pasado.

Pablo VII unió los dedos de las manos como si estuviera rezando y apoyó los índices sobre el labio inferior.

—¿Un laico? —preguntó don Francisco intuyendo las dudas del pontífice.

El cardenal, muy molesto, ni siquiera se giró.

—¡Sí, un laico!

El papa cerró los ojos meditando. Cuántas complicaciones e implicaciones... ¿Era necesario encomendar a un extraño un asunto de tanta importancia?

—Creo —dijo finalmente— que la gravedad del asunto nos impone prudencia. Contactad si queréis con ese investigador, pero quiero que todo se controle constantemente desde aquí. Podrías utilizar a Xavier Ferreira como hombre de conexión.

Bortolotti se reservó su asombro.

—Claro, Santidad, él sería apropiado, pero, considerando que el viaje durará unos días, su ausencia despertaría alarmas entre los periodistas acreditados en el Vaticano. Usted sabe bien que su tarea oficial es precisamente la de mantener las relaciones con los diferentes medios de comunicación. Quien lo conozca podría sospechar y hacer preguntas desagradables... no se necesitará mucho para relacionar su ausencia con el caso Valcomyr.

—¿Y entonces qué sugiere usted? —preguntó el papa.

—Discreción. Ferreira llamaría demasiado la atención de los medios. De todos modos he consultado a los otros cardenales, y al propio Ferreira. Ha salido un nombre... parece la persona más apropiada. Pero no daremos ningún paso sin su aprobación, Santidad.

—¿Y de quién se trata?

—Bueno, pensábamos en su ayudante personal —dijo sin respirar.

Don Francisco, que hasta ese momento había estado casi absolutamente en silencio, se tambaleó.

—¿Yo? Pero no creo...

El pontífice se inclinó ligeramente sobre la silla para mirar a su pobre colaborador, que se había quedado pálido como la cera.

—¿Por qué no? —preguntó Pablo VII—. ¿Quién mejor que usted para ocuparse de este asunto? ¡En su corazón y en su honestidad deposito toda mi confianza!

Mendoza no pudo evitar responder con la única pregunta que se le pasó por la cabeza:

—Pero usted, Santo Padre, ¿cómo se las arreglará sin mí?

—¡Vamos! —replicó el secretario de Estado—. No se preocupe. En el fondo estará fuera solo tres días; el viernes ya estará de vuelta.

Don Francisco miró de perfil al cardenal. No era más que una intuición suya, pero advertía un exceso de celo en la forma de actuar de Bortolotti. Un comportamiento diferente de su frialdad habitual. Y por otro lado estaba toda

la historia de Valcomyr y de los conciliábulos entre la secretaría de Estado y los otros departamentos del Vaticano. En realidad le parecía que, más que una concesión del pontífice, su nombramiento como «agente de conexión» había sido impuesto al ingenuo Pablo VII. ¿Pero por qué? Estaba claro que no era para hacerle un favor. Sabía bien que Bortolotti, y muchos otros como él, no soportaban la relación tan estrecha que unía al pontífice y a su secretario. Y también se sabía que, en las cuestiones más importantes, Pablo VII se fiaba del juicio de Mendoza por encima del de Bortolotti. La prensa italiana e internacional consideraba a este último un conservador promovido a un cargo de responsabilidad como garante de los equilibrios de poder en el interior de la curia. Gran organizador, un periodista lo había bautizado como «el cardenal manager». Dentro de los muros del Vaticano, sin embargo, tenía fama de ser más bien de izquierdas. Se sabía que sus artes manipuladoras se extendían y se ramificaban por todas partes. Por otro lado, su simpatía por el Opus Dei era bien conocida. En su día había apoyado personalmente la candidatura de Xavier Ferreira, miembro célibe de la misma organización, como jefe del departamento de prensa del Vaticano.

Sin más dilaciones, antes de que la situación pudiera cambiar, el cardenal se puso de pie.

—¡Perfecto, entonces está decidido! Con don Francisco nos veremos más tarde para definir los detalles de la operación. Ahora, con permiso, me marchó. Me espera una tarde muy ocupada —dijo despidiéndose.

Don Francisco, finalmente a solas con el pontífice, permaneció callado durante un tiempo. Miraba a Pablo VII

y se preguntaba cómo podía alejarse de su lado, ni siquiera durante un solo día. Al final expresó libremente su asombro.

—Como siempre, respeto sus decisiones —le dijo resignado—. Pero tengo la sensación de que el secretario de Estado no nos dice toda la verdad en cuanto a mi nombramiento.

Pablo VII se maravilló por la franqueza de su secretario.

—El hecho de que yo no confíe demasiado en él —explicó bondadosamente— no significa que no deba tener en cuenta las decisiones tomadas por la curia. Y de todos modos, francamente, considero que en todo el Vaticano no hay nadie que pueda ocuparse de este asunto mejor que tú. Tenemos que movernos con cautela. Y además, tú también has oído el riesgo al que nos enfrentamos. Los cardenales ucranianos amenazan con no participar en el Consistorio si no se aclara la muerte de Valcomyr. Así que te ruego que dejes a un lado tu desconfianza frente a Bortolotti y pienses exclusivamente en el beneficio que reportarás a la Iglesia.

—Eso está fuera de dudas, Santidad, yo me encuentro totalmente a su servicio. Solo que honestamente... no creo que sea la persona más apropiada para un asunto así.

—Yo en cambio soy de la opinión contraria. Quiero que nuestros fieles sepan que la barca de la Iglesia no se hunde cuando llegan las tormentas. Hay que transmitir una imagen de unidad al mundo exterior, a ese mismo que nos ataca desde todos los frentes. El cardenal Valcomyr era un gran hombre. Sus ideas, su espiritualidad... En

resumen, recordaba la figura de Juan Pablo II. Un comunicador, comprometido diariamente, consciente de sus deberes cristianos. Y tú sabes también que en este Consistorio nos jugamos mucho. Esta asamblea tiene que imprimir un cambio radical a la Iglesia. Esa misma Iglesia a la que ahora estás llamado a servir, dejando a un lado dudas e indecisiones. Y ahora vete, no te retrases más. Te doy mi bendición.

Don Francisco hizo una ligera reverencia y se encaminó hacia la salida. En el umbral se detuvo girándose hacia el Santo Padre que, en ese momento, miraba el horizonte desde la ventana. Hubiera querido decirle que no solo no era el indicado para aquella misión, sino que, además, oía dentro de sí un timbre de alarma. No sabía por qué, pero advertía una angustia profunda.

Poco después llamó desde su despacho al cardenal Bortolotti. Quería conocer más detenidamente los detalles de su misión. El ayudante del secretario le comunicó que tenía orden de pasarle con monseñor Egidio Bianchi, asesor de la secretaría de Estado. Él se ocuparía de la cuestión.

—Sí —confirmó este último—, el cardenal me ha informado de todo. Venga a verme.

Una vez anuladas las citas de la semana, don Francisco se precipitó a ver a Bianchi. Un laico responsable de la administración lo recibió en el despacho acompañándolo hasta su destino. Mientras esperaba pacientemente que el monseñor terminara una llamada, lo observó al otro lado del enorme escritorio, hundido en un sillón de terciopelo de damasco demasiado grande para su menudo y frágil

cuerpo. Habitualmente serio y taciturno, ahora aparecía relajado y alegre. Hablaba por el móvil en español con alguien con quien seguramente tenía mucha confianza.

—¡Don Francisco! Qué sorpresa más agradable —empezó Bianchi con una sonrisa falsa, después de terminar su conversación.

—Una sorpresa anunciada —respondió con ironía don Francisco.

El ayudante del papa se dio cuenta inmediatamente de que todos los detalles de su viaje estaban ya preparados. El billete de avión ya se había reservado el día antes, detalle que le suscitó aún más dudas. ¿Cómo podían estar tan seguros de que el papa aceptaría su nombramiento? Y por otro lado, si mal no recordaba, ¿Bortolotti no había dicho poco antes que la elección de su nombre acababa de ser decidida? Y en cambio ahora se encontraba con un billete intercontinental emitido el 14 de mayo. Entonces, su marcha había sido organizada con tiempo. ¿Pero por qué? Y, sobre todo, ¿cuáles eran los motivos que habían impedido a Bortolotti ser sincero con el papa?

Se guardó para sí los interrogantes.

Monseñor Bianchi, además de los billetes de avión, entregó también a don Francisco un maletín. Dentro había diferentes documentos, que podría consultar durante el vuelo oceánico, con las indicaciones para llevar a cabo su «misión».

—¿Se explica también cómo y dónde podré encontrar a este detective? —preguntó antes de irse.

—Siempre tan bromista —dijo sarcástico Bianchi—. Ahí dentro está todo lo que necesita. Nos ocuparemos de

avisar de su llegada a la persona en cuestión. Ahora márchese, o perderá el avión.

Don Francisco, poco convencido, salió del despacho. Su partida se había organizado para aquella misma noche. Un coche le esperaba a las seis en la plaza para llevarle a Fiumicino, donde embarcaría a las ocho. Desde su residencia llamó al Santo Padre para avisarle que estaba a punto de salir. El papa le renovó su bendición y le pidió que tuviera cuidado. Don Francisco esperó hasta el final que el pontífice le dijera que quizás, en efecto, pensándolo bien, era mejor que se quedara en Roma. Pero no fue así y, a las 20:22, después de un breve recorrido por la pista, su avión levantó el vuelo rumbo a Los Ángeles.

LOS ÁNGELES, 8:30 H

Como todas las mañanas, el detective Raymond Hamilton estaba desayunando frente a su despacho, en Signal Hill. No estaba claro si de aquel sitio le atraía más la cercanía con respecto a su despacho, o Christine, la propietaria, una joven de unos treinta años, muy atractiva, que, además de unas notables dotes físicas, tenía la capacidad de recordar los gustos de sus numerosos clientes. El tiempo de sentarse y, unos minutos después, los parroquianos se encontraban frente a sus comidas preferidas.

También en aquella alegre mañana del mes de mayo había dado cuenta del café, los cereales, el sándwich con bacón y el zumo de naranja. Tras dejar el dinero encima de

la mesa se levantó para volver a su despacho, un viejo apartamento adecuado para sus necesidades.

Aquella mañana, poco después de las nueve, Ray se encontraba ya tirado sobre el sillón de piel falsa de su despacho, con los pies apoyados encima del escritorio, a la espera de un cliente a quien había citado a las nueve y media.

Los pensamientos discurrían fluidos por su cerebro, pero ninguno era tan importante como para merecer particular atención. Mentalmente establecía las citas del día hasta la hora habitual del footing nocturno. Decía que correr le servía para su equilibrio psicofísico. Luis, su ayudante, le tomaba el pelo diciéndole que lo único que le interesaba era llamar la atención de las mujeres.

En realidad, su vida social se había reducido drásticamente en los últimos meses. Sus salidas eran escasas, y los encuentros con el bello sexo eran cada vez más raros.

La actividad física no le había apartado, sin embargo, de su peor vicio, el tabaco, a pesar de sus continuos intentos por dejar de fumar.

Ray Hamilton trabajaba con Luis Vargas. Se habían conocido unos años antes, por casualidad. En aquellos días Ray acababa de abrir su despacho en Los Ángeles. Su única prioridad era llegar a fin de mes sin demasiadas dificultades. En aquel momento no había previsto en absoluto la necesidad de un colaborador. Sin embargo, aquel joven avisado y con cara de buena persona que buscaba trabajo le llamó la atención enseguida.

Nacido en México, casado con Marian, Luis estaba en Estados Unidos desde hacía pocos meses, y en aquel

poco tiempo había desempeñado ya diferentes trabajos. Pero en su país había prestado servicio como policía, y por aquel entonces buscaba algo que se adaptara mejor a sus capacidades. Ray había leído rápidamente su currículum. Se veía de lejos que el joven era un gran trabajador. ¿Pero cómo podría pagarle? Se pusieron de acuerdo en que al principio cobraría a porcentaje. Creía que, de ese modo, Luis habría hecho una mueca y se habría marchado. Al día siguiente estaban trabajando juntos.

La cliente con quien el detective Hamilton estaba citado aquella mañana se llamaba Geraldine Orvid. Se había presentado unas semanas atrás y, por su vestimenta y por el perfume que flotaba en la habitación, Ray dedujo que se trataría de un trabajo bien rentable. Era una hermosa mujer de unos treinta años, rubia, de casi un metro setenta, elegante, la clásica esposa de un pez gordo.

Observar a las personas incluso en los detalles más insignificantes era el secreto de todo detective. Se podía averiguar mucho por el modo de vestir y de comportarse de los clientes y, sobre todo, cuánto estarían dispuestos a pagar por el trabajo.

Orvid había hablado ininterrumpidamente durante una veintena de minutos, contándole episodios de su vida privada y despotricando contra James, su marido, y sus numerosas amantes. Dijo que lo había conocido cuando tenía tan solo diecinueve años y trabajaba como camarera en el Green Oak. Él tenía entonces unos cuarenta años, pero su cuenta corriente habría atraído a cualquier mujer, sobre todo a aquellas que, como ella, se habían trasladado

a la ciudad a probar suerte. Al principio de su matrimonio parecía una buena elección. James estaba muy pendiente de ella, la colmaba de regalos y atenciones, la llevaba de viaje a menudo, incluso cuando se marchaba por motivos de trabajo. Luego, unos años más tarde, las cosas comenzaron a deteriorarse. Ella achacaba este cambio a un acontecimiento que había afectado de cerca a los negocios del marido. Desde que el señor Orvid se había convertido en el «rey» de una conocida cadena de comida rápida de Los Ángeles, había empezado a volver tarde a casa y a ausentarse durante días, a veces semanas, sin dar explicaciones o limitándose a vagas excusas. Se decía que había hecho fortuna obligando a los propietarios de algunos locales comerciales a ofrecer sus actividades a precios ridículos, recurriendo a métodos desleales y poco ortodoxos.

Geraldine estaba segura de que James la engañaba. Ahora quería que Hamilton buscara pruebas concretas de la infidelidad de su marido. Con ellas, dijo, sus abogados podrían lograr una sustanciosa compensación por el final del matrimonio.

A Ray no le gustaban los casos de cuernos. No le parecía justo meter la nariz en los asuntos matrimoniales de los demás. Pero el trabajo era el trabajo y, últimamente, no iba tan bien como para ponerse exigente.

Cualquier posible duda quedó disipada cuando Geraldine sacó de un bolsillo interior de su bolso de marca un fajo de billetes de cien dólares, apoyándolo sobre la mesa.

—Esto es un anticipo, espero que sea suficiente
—dijo irónicamente la mujer.

Salió del despacho moviendo las caderas, mientras Ray, eufórico, se encendió un cigarrillo.

—¡Este mes también comemos! —comentó Luis inmediatamente después. Sin embargo Ray, que generalmente se reía con sus bromas, se quedó extrañamente callado. Se preguntaba por qué la señora Orvid se había dirigido a una pequeña agencia de la periferia en lugar de haber elegido algún importante despacho del centro de la ciudad. Estaba claro que aquella mujer no tenía problemas económicos. Probablemente la respuesta estaba en que el marido era demasiado poderoso como para que una agencia del centro pudiera aceptar el caso sin correr el riesgo de recibir amenazas. Mientras que ellos, en cambio...

Las primeras investigaciones no habían dado ningún resultado. Ray y Luis se habían puesto a trabajar inmediatamente, siguiendo a Orvid para descubrir dónde se encontraba con sus amantes. Siempre que estas existieran, y no fueran fruto de la imaginación de Geraldine.

Pero James no era un ingenuo. Sospechaba que estaba siendo vigilado y se las sabía todas para despistar a sus perseguidores. Y, solo después de numerosos seguimientos infructuosos, la constancia de la agencia de investigadores de Hamilton obtuvo su recompensa. Ray había notado que, al menos tres veces por semana, James Orvid se acercaba al despacho de un conocido abogado situado en un edificio de principios de siglo. Allí permanecía durante muchas horas. Investigando sobre el personal habían descubierto, a través de una joven secretaria que se había despedido rápidamente, la existencia de un estudio al que

se accedía directamente desde el despacho, y que se utilizaba con fines bien diferentes de la profesión legal. Las empleadas tenían órdenes muy precisas: a cualquiera que llamara preguntando por James, ocupado con la amante de turno, le contestarían que se encontraba en una reunión privada con el abogado. Todo movimiento en el exterior del edificio se grababa con una cámara de circuito cerrado, enfocada a la puerta de entrada y controlada por una persona de confianza.

Luis, con el pretexto de concertar una cita con el abogado para un pleito, había hecho una primera visita al despacho, consiguiendo así grabar con el móvil el interior de las salas. Había descubierto que la puerta del estudio estaba a la izquierda, justo después de la entrada principal. Aquella misma noche Ray, después de esperar hasta la hora de cierre del despacho, se había introducido furtivamente en la «habitación secreta» y había colocado chinches y una microcámara en un punto desde el que tenía una visión panorámica de toda la escena.

Al día siguiente, a las cinco, el rey de la comida rápida se había presentado elegantemente vestido en la entrada principal del edificio de su amigo abogado. Ray no tuvo que esperar demasiado hasta la llegada de la nueva amante, fácilmente reconocible por ser la única «cliente» vestida como si fuera a una velada nocturna. Después de casi una hora la mujer había aparecido a la salida con el semblante triste, como si en el despacho se hubiera debatido una causa de separación. Desde luego no parecía estar saliendo de una cita romántica. Pocos minutos después había salido también Orvid, con expresión análoga.

Aquella noche Ray no tuvo más que recoger los frutos del adulterio.

Mientras veían la grabación, Ray y Luis no consiguieron aguantar las risas por la ridícula actuación amateur del hombre, que, pese a todos sus esfuerzos, no había conseguido contentar a la mujer, quien incluso se había alejado bruscamente.

Aquella mañana, cuando la señora Orvid llegó puntual a la cita, Ray le anunció que tenía noticias. La mujer permaneció en silencio durante todo el visionado de la película, sin hacer ningún movimiento. Su mirada estaba fija en las imágenes que se iban sucediendo de forma rápida. Al final le pidió a Ray una copia, rogándole que conservara el original en su despacho por si su marido conseguía destruir la copia. Luego se levantó, sacando de su bolso otro fajo de billetes de cien dólares como pago por el trabajo, y se fue, despidiéndose de los dos detectives con una velada tristeza.

ROMA, 19:40 H

Don Francisco llegó al aeropuerto internacional de Roma justo a tiempo para escuchar su nombre por el altavoz que anunciaba la última llamada de su vuelo. Una azafata lo acompañó al *check-in* para que recogiera su tarjeta de embarque. Monseñor Bianchi, justo antes de despedirse de él, le había sugerido que fuera vestido de paisano para no llamar demasiado la atención, y él, para evitar lar-

gas discusiones infructuosas, había decidido guardar su clergyman en la maleta. Se lo pondría durante su estancia en Los Ángeles.

Afortunadamente le habían asignado asiento junto a una ventanilla. Le encantaba admirar la vista de Roma en el momento del despegue. Corriendo, llegó a la puerta de embarque y consiguió subir justo en el último minuto. El avión de American Airlines dirigido a Los Ángeles era de última generación; dentro había dos filas laterales de asientos, más una central, separadas por amplios pasillos. La compañía aérea publicitaba sus vuelos asegurando que el espacio entre los asientos era el más amplio de la categoría. Las personas a bordo ya se habían acomodado. Algunos pasajeros, sobre todo los de una cierta edad, alérgicos a la tecnología, les estaban preguntando a las azafatas por los diferentes interruptores que habían encontrado en el reposabrazos izquierdo del sillón ergonómico donde estaban acomodados. Don Francisco encontró su asiento y se instaló junto a una señora anciana que hojeaba una revista.

A Mendoza viajar en avión le había causado siempre una extraña sensación. Estar allí en medio de las nubes, suspendido en el cielo, le gustaba. Había algo en aquella altura que le hacía reflexionar sobre el paraíso y sobre la felicidad. Una azafata lo devolvió a la realidad cuando le ofreció amablemente la bandeja de la cena con «sabe Dios qué». La señora americana, que estaba sentada junto a él, lo observó divertida por el modo en que seleccionaba la comida con el tenedor de plástico, intentando separar los distintos ingredientes. Al final, cansado, comió algunos bo-

cados de la comida que le pareció más familiar, y dejó todo lo demás. Cuando se llevaron las bandejas, la misma azafata le sonrió y, viendo que había dejado casi todo, comentó que para un italiano era complicado acostumbrarse a la comida americana. Don Francisco, sorprendido, respondió con una sonrisa. En ningún momento había especificado su nacionalidad, también porque pensaba que, para los americanos, los latinos, ya fueran italianos o hispanos, se consideraban todos más o menos iguales. Pocos minutos después la joven, como disculpa por la comida tan poco apetitosa, le trajo un buen café. Él apreció ese gesto y se sintió casi recompensado por la modesta cena que acababa de consumir.

Saboreando el café, sus pensamientos volvieron inmediatamente a Italia y al pontífice. Se dio cuenta de que nunca había salido de Roma desde su traslado de España, con excepción del funeral de su madre anciana, muerta a la edad de noventa y seis años en Anera, cerca de Oviedo, su ciudad natal. Recordaba con placer aquel pequeño pueblecito, enclavado entre las montañas y el mar, donde vivían unas trescientas almas de arraigada fe católica. Él era el más joven de once hermanos y había estado siempre rodeado de una multitud de sobrinos. Su madre, Isabel, lo había traído al mundo a la respetable edad de cuarenta y nueve años, cuando ya pensaba que su función era ser abuela. Su padre Antonio, agricultor, los mantenía con los ingresos que percibía de la venta de avellanas, que cultivaba en sus campos. Era un cultivo muy rentable, pues en la zona había distintas empresas que compraban el producto para confeccionar deliciosas cremas de ave-

llanas. Su infancia se había visto marcada por la severa educación que le dieron. Por la mañana iba al colegio de los salesianos y, en el poco tiempo que le quedaba después de las tareas, le esperaba el trabajo en el campo junto a su padre. Y los domingos, dado que era un niño muy diligente y educado, hacía de monaguillo en la iglesia del pueblo.

Habría seguido acunándose en aquellos pensamientos todavía un buen rato, pero no podía olvidarse de la tarea que le habían encomendado. Recuperándose de la somnolencia, observó con curiosidad los movimientos de los pasajeros dentro del avión. Se dio cuenta de que su vecina de asiento había conseguido encontrar el mando para reclinar el respaldo y, equipada con cojín y auriculares, estaba viendo una película en la pequeña pantalla colocada a no más de un metro de distancia. Don Francisco perdió su interés por ella y cogió de debajo del asiento el viejo maletín que le había entregado Bianchi antes de marcharse, apoyándolo sobre sus rodillas.

—¿Será posible que no haya encontrado ninguno con mejor aspecto? —protestó para sí, mientras rozaba con los dedos los bordes gastados y deshilachados.

Abrió la cerradura, dorada en su día, y comprobó el interior. Encontró un móvil y dos carpetitas.

En la azul leyó CONFIDENCIAL, con letras impresas, y una línea por debajo, escrito a mano, *Raymond Hamilton*. Sabía que tenía que entregársela al investigador americano solo cuando este hubiera aceptado oficialmente el encargo y hubiera firmado un documento en el que se

comprometiera a guardar la más estricta discreción sobre su actividad. Hubiera querido echarle una ojeada a la carpeta, pero estaba sellada. No entendía el motivo de tanto secretismo. Pese a la curiosidad que sentía, la colocó en el fondo del maletín. Cogió luego la carpetita roja, donde se incluía información sobre el detective con quien en pocas horas se encontraría. Decidió que había llegado el momento de mirarla con detenimiento. No le gustaban las citas a ciegas y deseaba hacerse una idea de la persona que tendría que trabajar por cuenta del Vaticano.

Abrió entonces la carpetita y, para su sorpresa, encontró una única hoja con escasas anotaciones.

Su hombre se llamaba Ray Hamilton y había nacido en Nueva York cuarenta y cinco años antes, en una familia católica practicante, comprometida con la parroquia y con el voluntariado. Su padre había trabajado como policía en Nueva York y unos veinte años atrás lo había matado un ladrón menor de edad mientras patrullaba durante el servicio nocturno. La tragedia había sucedido pocos meses después de que, contrariando las expectativas del padre, que deseaba un futuro menos peligroso para su hijo, Ray decidiera comenzar la carrera de policía, también en Nueva York. Pero el ambiente que se había encontrado, según decía el informe que Mendoza tenía entre las manos, no era el que esperaba un Hamilton notablemente idealista. Varios años después, tras haber abandonado la policía, Ray había abierto una agencia de investigación privada. Pronto empezó su colaboración con la Iglesia Católica local. De hecho, había sido recomendado al obispo de Bridgeport por monseñor George

Ashe, párroco de la iglesia de Kerhonkson, en el barrio de Nueva York, donde vivía la familia Hamilton. En el currículum se enumeraban varias colaboraciones, entre ellas con el obispo de Bridgeport precisamente, el cardenal Joseph O'Connors. A esta se había adjuntado una nota que contenía una mención encomiástica del propio cardenal, donde se elogiaba la discreción del detective a la hora de dirigir las delicadas investigaciones, en el ámbito de los procesos por pedofilia contra algunos párrocos en diversas diócesis americanas. Don Francisco recordó con amargura la época en que los periódicos europeos mostraban a toda página los detalles del «escándalo americano», proyectando una oscura sombra sobre toda la Iglesia.

Una nota final de Bianchi concluía que, en todas las circunstancias pasadas, el investigador Hamilton había demostrado siempre ser de total confianza e impecable discreción, cualidades que ahora la Santa Sede volvía a necesitar.

Mendoza metió la hoja en la carpetita roja y guardó esta en el maletín, luego echó un último vistazo por la ventanilla para admirar el maravilloso cielo nocturno. A su lado, la anciana compañera de viaje se había dormido. Intentando hacer el mínimo ruido posible se quitó los zapatos y se puso las zapatillas que la compañía aérea les obsequiaba, bajó el asiento y cerró los ojos recitando mentalmente los versos del padrenuestro, e inmediatamente después se durmió.

LOS ÁNGELES, 16:00 H

Ray Hamilton vivía a poca distancia de su despacho, pero raramente volvía para comer. Odiaba comer solo. Siempre había estado convencido de que era muy triste llenarse el estómago sin compañía. Por eso siempre almorzaba fuera. Para cenar, en cambio, se había organizado de otra forma. Una vez a la semana se acercaba a la tienda donde compraba generalmente fruta y verdura. En casa se preparaba platos frescos que comía viendo la televisión. En la despensa y en el frigorífico, de todos modos, no faltaba ningún ingrediente para organizar eventuales «cenas» románticas. A Christine, la propietaria de la cafetería frente al despacho, y a Marian, la mujer de Luis, se les había metido en la cabeza encontrarle una novia, y a menudo le presentaban amigas y conocidas que, invariablemente, terminaban en la larga lista de las «aventuras de una noche».

Generalmente Ray y Luis comían juntos en una pequeña *trattoria* que llevaban unos italianos donde María, la propietaria, cocinaba dictatorialmente los platos que quería. Pero cuando Luis tenía cosas que hacer, como aquel día, Ray se acercaba hasta el local de Christine y se quedaba sentado en la barra charlando con ella, picando algunas de sus tartas saladas, acompañándolas con un vaso de vino tinto.

Ray volvió al despacho algo más tarde de lo normal. En cuanto abrió la puerta, oyó sonar el teléfono. Aceleró el paso, tanto que consiguió descolgar el auricular a tiem-

po. Era Frank Soprano, el querido viejo «tío Frank», jefe de la Oficina de Investigación de la policía de Nueva York, amigo y colega de su padre, Jacob Hamilton. Él y su mujer Martha habían tratado siempre a Ray como el hijo que no pudieron tener. Así, Frank, como buen padre «adoptivo», se preocupaba de llamarlo al menos un par de veces a la semana.

—Hola, espero no molestarte... Pero ya conoces a Martha, si cuando vuelvo a casa no le digo que he hablado contigo, me quedo sin cenar.

Ray sonrió con ganas ante aquella última afirmación.

—Querido tío, no te preocupes, no molestas. ¡Pero eso de saltarte alguna comida no te sentaría tan mal! —Frank Soprano era alto, medía casi dos metros y rozaba los ciento treinta kilos. A pesar de su volumen, que hubiera impresionado a cualquiera, tenía un carácter bonachón y todos en la central de policía le apreciaban.

—Me gusta oírte de buen humor —replicó Soprano—. En cuanto a la dieta... bueno, ¡de momento tendréis que esperar! Bromas aparte, te he llamado para saber si todo marcha bien, y para decirte que esta noche tu madre cena con nosotros. —La amistad entre Martha y Eleonor, viuda de Hamilton, se había fortalecido todavía más después de que Ray se trasladara a Los Ángeles.

Ray asintió.

—¡Sí, lo sé! He hablado con mamá esta mañana. —Luego siguió una breve pausa.

—¿Todo bien, hijo? —le preguntó Frank.

—Sí... quería darte las gracias por lo que estáis haciendo con Eleonor. Sé lo cerca que estáis de ella, y lo im-

portantes que sois en su vida. Por desgracia no ha superado nunca la muerte de papá y... bueno, como tú sabes, no ha aceptado tampoco mi marcha de Nueva York.

—Ya hemos hablado de esto muchas veces —dijo Frank con un tono serio.

—Pero tú sabes muy bien —continuó Ray— que aquel fue para mí un momento muy doloroso. ¡Marcharme de Nueva York me ha salvado la vida!

—No te culpes —dijo convencido Frank, recordando esos momentos tristes también para él—. Fue una época difícil para todos. Sobre todo para ti. ¿Cómo va tu insomnio?

—Como siempre —dijo Ray—. Aunque hayan pasado ya años desde la muerte de George, duermo como mucho tres horas por noche.

—Quizás deberías dejar que te ayude alguien que entienda de eso.

—Ya sabes que no creo en los comecocos. —Siempre había mantenido cierta distancia con los psicólogos y con todo lo referente a ellos—. ¡Estoy seguro de que una charla con un buen amigo ayuda más que cien sesiones!

—Entonces me gustaría mucho ser yo ese amigo. Sabes que tanto para Martha como para mí eres como un hijo. De vez en cuando me vuelve a la cabeza el día de la muerte de tu padre. Si aquel día yo no hubiera tenido fiebre, habría estado patrullando junto a él... quizás habría podido hacer algo para evitar ese trágico final. Una muerte estúpida, ¡sin sentido! Perdóname por volver por enésima vez a la historia. ¡Si me oyera Martha, tendría la colleja asegurada!

—No te culpes de nada, tío Frank —le tranquilizó Ray—. Hemos hablado ya una infinidad de veces de lo que ocurrió... Sabes lo que pienso. ¡Podrías haber muerto tú también! Quiero mirar hacia delante, dejar atrás el pasado.

Frank se aclaró la voz. Ray tenía razón. Era inútil andar sacando siempre los viejos y tristes recuerdos. Decidió cambiar de tema:

—¿Y el trabajo, qué tal te va?

—Bueno, de momento no me quejo. Acabamos de resolver un caso de cuernos que nos ha dado un poco de dinero. Pero, ¿y tú?, si no recuerdo mal te jubilas dentro de poco.

—Tocas un tema doloroso. Por un lado la idea me hace gracia, pero por otro lado sé que echaré de menos el trabajo.

—Claro, después de tantos años vividos allí, al principio tendrás un poco de nostalgia. A todo esto, no me has contado todavía las últimas novedades de lo que ocurre por allí, ¿cómo están mis ex colegas?

—Hijo —dijo, cambiando el tono de voz—, me gustaría satisfacer tu curiosidad, pero ahora mismo no puedo hablar libremente, imagino que intuyes el motivo.

—¡Entiendo! Supongo que hay alguien por ahí cerca, quizás nuestro querido Gabriel Vernout, el bien amado director, el eminente sabueso a cargo de la barraca, el gurú de la central, el caradura con menos vergüenza de Nueva York, el...

—Vale, vale... —dijo Frank, riendo—. No es necesario que sigas, ¡veo que lo has entendido muy bien! En

todo caso —dijo bajando de nuevo el tono de voz—, has olvidado añadir a tu lista de elogios los epítetos de «promotor de discordias» y «artífice de complots de escritorio».

—¡Y da gracias de que no quiera emplear términos más duros! Conozco bien a nuestro hombre... Sabes que uno de los motivos de que me fuera de la policía fue precisamente el empeoramiento de nuestra relación. Hubo momentos en que, si hubiera podido apretar su cuello entre mis manos durante un instante... En fin, mejor así. Me alegro de que dentro de poco te libres tú también de ese gilipollas.

—¡Eso nos gustaría a muchos! —rio Frank—. De todos modos basta de hablar de mi jubilación, te lo ruego —añadió con falsa preocupación—. Cuando vuelvo a casa ya tengo a Martha para recordármelo.

Mientras Frank hablaba, Ray estaba ocupado en colorear de verde un extraño monstruo con joroba que había dibujado poco antes en su cuaderno. Como toque final había escrito el nombre de Gabriel Vernout.

—Tienes razón. Pero ahora te dejo trabajar. Te llamo este sábado, así aprovecho para hablar con Martha. ¿Sabes?, estaba pensando, ya que me ha entrado un poco de dinero, ir a veros el próximo mes. Esta mañana cuando he hablado con mamá le he prometido que iría a verla pronto.

—Cuando vengas compraré una botella especial, para celebrar la ocasión. Ahora tengo que despedirme. Oigo los gritos de Vernout filtrándose por las paredes. ¡Serán sus típicos cabreos con algún novato!

—Hablamos pronto —dijo Ray terminando la conversación.

En ese momento entró Luis.

—Buenas tardes —dijo—. He ido al bar de Christine y, como no te he visto, he pensado que ya habrías vuelto. Se me ha ocurrido que te apetecería un buen café italiano, así que te he traído uno.

Luis se sentó en el sillón junto a la mesa de Ray.

—¿Qué dices, te apetece venir a cenar a casa esta noche? —le preguntó nada más llegar.

Se tomó el café y se relajó echándose hacia atrás, mirando a Luis, que sonreía.

—No, prefiero quedarme en casa.

Luis bajó educadamente la cabeza y no replicó. Entendió que no era el momento de insistir.